



DISCURSO

del Presidente de la Nación
Dr. Raúl Ricardo Alfonsín,
en la inauguración del
Centro Tecnológico Chascomús

23 de marzo de 1989

Educación de la Nación

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE
DE LA NACION EN LA INAUGURACION DEL CENTRO
TECNOLOGICO DE CHASCOMUS.

Al evocar la memoria de Sarmiento, cuando se cumplían cien años de su muerte, dije que, al retornar la democracia en nuestro país, debimos proceder a un indispensable cambio de enfoque en la educación a partir de la aplicación de tres grandes principios.

El primero residía en concebir a la educación como un servicio abierto al pueblo, tanto porque era necesario reconocer su derecho a educarse como por la conciencia de que sólo así habríamos de sentar las bases más sólidas para asegurar la supervivencia y prosperidad de la Argentina en el mundo actual.

El segundo principio fue considerar que la libertad, la tolerancia y el pluralismo son el fundamento y la meta de la educación popular.

El tercer principio es que el Gobierno tiene responsabilidades indelegables de iniciativa y de acción, pero que el protagonista central de la concepción y la construcción del sistema educativo es el pueblo en su conjunto y, por consiguiente, deben abrirse las vías necesarias para que todos los ciudadanos participen activamente en esta obra.

Desearía señalar brevemente algunas de las cosas que hicimos aplicando esos principios.

El propósito de que la educación fuera un servicio abierto al pueblo se tradujo en una serie de hechos.

En primer lugar en el aumento de los alumnos en todos los niveles. En el primario el número de alumnos creció casi en 600.000 entre 1983 y 1987: en cuatro años de democracia el crecimiento llegó a cifras parecidas a las registradas en los siete años anteriores. En cada uno de esos cuatro años de democracia la población de alumnos primarios creció un cincuenta por ciento más que en cada uno de los diez años precedentes. En el nivel medio, también entre 1983 y 1987, el crecimiento fue de casi 400.000 alumnos, una cifra que antes había requerido doce años en alcanzar. Dicho de otro modo, el promedio de aumento en cada uno de los cuatro años de gobierno democrático fue tres veces superior al promedio de cada uno de los doce años precedentes. El caso de los alumnos universitarios tuvo, a su turno, características singulares: el aumento de alrededor de 300.000 alumnos entre 1983 y 1987 implicó un crecimiento de casi un 70 por ciento en cuatro años —y prácticamente la duplicación de la matrícula en las Universidades Nacionales—, pero la cifra es de algún modo engañosa ya que antes se había asistido a un fenómeno extraño en el mundo actual: el esfuerzo por reducir la población universitaria en vez de preocuparse —como en los demás países— por incrementar el número de habitantes con mayor nivel de educación.

Para acompañar a este formidable incremento de los alumnos en todos los niveles hubo que realizar ingentes esfuerzos en medio de las penurias que todos conocemos.

Si bien la responsabilidad de la enseñanza primaria recae fundamentalmente en cada una de las provincias, el Gobierno colaboró de diversas maneras en este esfuerzo. A través del Programa de Asistencia Básica a la Comunidad —el Programa ABC— se esforzó por brindar a la población primaria más vulnerable los útiles escolares y elementos didácticos mínimos

indispensables para una adecuada escolarización por medio de una canasta escolar que consta de una parte que es directamente entregada a los alumnos y otra que es suministrada a cada grado o sección de las escuelas ubicadas en zonas carenciadas. Ya en 1987 superamos las 1.300.000 cajas entregadas y en estos días estamos entregando 1.450.000 canastas en todo el país.

De este modo alcanzamos a uno de cada tres chicos que cursan sus estudios primarios. Junto con los útiles también el Gobierno Nacional financia los comedores escolares por medio del Ministerio de Salud y Acción Social. Este programa sólo cede en importancia al Programa Alimentario Nacional entre las acciones encaminadas a mejorar la alimentación de nuestros compatriotas. En suma, quisimos más alumnos en las aulas de nuestras escuelas primarias, pero también trabajamos para dar forma concreta a la solidaridad y a la equidad que merecen nuestros chicos a fin de que cuenten con medios y posibilidades de estudiar.

En el ámbito de la escuela secundaria hubo que acompañar el aumento del alumnado con más profesores y más colegios. Ya en 1987 se habían creado casi 60.000 cargos docentes más que en 1983 —un crecimiento del orden del 30 %— y más de 950 nuevos colegios —lo cual implicó un aumento del 20 % de los establecimientos—. Nos preocupó especialmente la situación de los argentinos que menos tienen y por eso, sólo en el Gran Buenos Aires y en las zonas más desmunidas, el Gobierno Nacional creó 34 nuevos colegios, lo cual hoy significa el 40 % de los establecimientos dependientes del Ministerio de Educación de la Nación en la zona. De este modo, aunados en el esfuerzo con el sector privado, estamos respondiendo a este desafío de proveer educación secundaria a nuestros jóvenes. No dejamos de ver, por cierto, las aulas a veces repletas, los bancos y pizarrones que faltan, las condiciones precarias que

tantas veces han tenido que afrontar profesores y alumnos. Pero nos alienta saber que es a menudo en los lugares con menos medios donde existe la mayor pasión por enseñar y aprender. Esa es la pasión que necesitamos para construir una Argentina mejor, ésa es la pasión de nuestros compatriotas, los más necesitados, los más desmunidos, la que nos obliga a perseverar en medio de las dificultades, la que nos ayuda a sobreponernos a sinsabores y desengaños.

El crecimiento de la población universitaria nos planteaba desafíos tanto o más serios. Para afrontarlos se multiplicaron los recursos destinados a nombrar más docentes, a construir y equipar nuevas aulas y laboratorios. Entre 1983 y 1987 se crearon alrededor de 40.000 nuevos cargos docentes en las Universidades Nacionales, lo cual significó un crecimiento de más del 70 %, mientras que en los cinco años que van de 1984 a 1988 se invirtió en construcciones universitarias casi tanto como lo que se invirtió entre 1973 y 1983. En cada año del gobierno democrático se invirtió en promedio prácticamente el doble de lo que se había invertido en construcciones durante el decenio anterior, en tanto que las inversiones anuales promedio en equipos fueron un 40 % mayores.

Pero este enorme esfuerzo, al igual que ocurre en otros campos, ha quedado a veces oculto porque falta aún más por hacer, porque a pesar de los sacrificios hechos para incrementar los recursos, estos recursos aún son insuficientes. Hubiera sido quizás más sencillo y más barato sostener que, debido a la crisis, convenía postergar la apertura de la educación hasta cuando contáramos con más recursos. Pero así hubiéramos traicionado nuestras ideas, nuestras propuestas y nuestro deber frente al porvenir de la Argentina. He dicho más de una vez que, al abrir la educación al pueblo, nos encontramos con un conjunto de problemas difíciles de resolver. Esos son los problemas que debemos afrontar, no los que debemos ocultar,

como otros quisieron ocultar las villas miserias construyendo una tapia adelante o mandándolas arrasar por la fuerza con topadoras.

Además, se normalizó la vida universitaria tanto en la reconstrucción institucional de su autonomía como en el régimen de designación y funcionamiento de su cuerpo docente.

No era, ni fue, tarea sencilla lograr esta normalización después de lo que se había vivido durante lustros en nuestras universidades, superando el clima de violencia e intolerancia que había asolado a sus claustros. Remontando odios, enmendando injusticias y restañando heridas. Pero lograr esa normalización era indispensable para que volvieran a reinar la tolerancia y la libertad, el respeto a las ideas y la dignidad de cada uno, el clima, en suma, sin el cual una universidad deja de ser tal y se transforma en una cáscara vacía, estéril y vana. A pesar de todas las dificultades y temores, con algunos errores pero con más aciertos que equivocaciones, se logró lo que nos habíamos propuesto y prometido: hoy, las 26 Universidades Nacionales viven plenamente su autonomía, eligen sus autoridades y, por primera vez en décadas, están renovándolas de acuerdo a sus estatutos.

Entretanto, los cargos de los docentes se han ido cubriendo a través de la realización de miles y miles de concursos públicos por oposición y antecedentes, asegurando transparencia e imparcialidad en las designaciones y ayudando al mejoramiento de la calidad de la enseñanza e investigación.

De esta manera se ha reanimado la vida de nuestras universidades y su búsqueda de respuestas más eficaces a las necesidades que el país plantea. Es una pena que no sean muchos más los que conozcan todo lo que se está haciendo en ellas, los centenares —y quizás ya miles— de contratos y convenios establecidos con empresas e instituciones públicas y privadas

para investigar y desarrollar nuevas tecnologías y resolver problemas.

Del mismo modo es útil difundir la vinculación cada vez más estrecha entre estas nuestras universidades y las diversas instituciones dedicadas a la investigación, empezando por el CONICET y siguiendo por el INTA, el INTI, la CONEA y otros tantos organismos públicos y privados.

La universidad se entrelaza de este modo con la vida cotidiana de la Nación, promueve día a día con mayor fervor el necesario acople entre investigación y enseñanza, entre conocimiento y producción, entre teoría y práctica. Todo esto, a mi juicio, se vincula a su turno con la idea de que la libertad, la tolerancia y el pluralismo son el fundamento y la meta de la educación.

En otra ocasión, y con el mismo sentido, cité a Sarmiento cuando afirmaba que "la libertad no se improvisa con decretos, constituciones y medidas gubernativas, se cultiva y se arraiga por medio de ideas y de hechos permanentes, creando intereses que la apoyen y hábitos que la mantengan".

Esta universidad que estoy describiendo, la misma que muchos no pueden o no quieren percibir porque es la universidad que trabaja y produce, es la que está consolidando con su acción la libertad, tal como lo decía Sarmiento. Y lo hace porque ha recuperado su vida institucional, porque esa vida permite y estimula la participación de sus distintos claustros y su interacción con el mundo que la rodea, el mundo al que se debe y del cual se nutre.

La consolidación institucional no se restringió por cierto a la universidad. Abarcó también los otros ámbitos de la educación a cargo del Gobierno Nacional.

Por primera vez en décadas, se llevó a la práctica la Ley de Titularización. Dentro de poco habrán recibido su titulari-

zación más de 30.000 docentes secundarios, al tiempo que casi otros 15.000 interinos han pasado por concursos para ocupar cargos en los que se han ido concentrando horas de cátedra en cada colegio.

Del mismo modo, y también por primera vez en décadas, se han iniciado una serie de reformas educativas tanto en la enseñanza media como en la superior.

Se ha discutido, a veces con pasión, el contenido y la oportunidad de muchas de ellas, desde el cambio en los criterios de evaluación hasta la unificación del ciclo básico entre el bachillerato tradicional y las escuelas comerciales.

Creo que se trata de una discusión importante y, por eso mismo, requeriría dedicarle un tiempo que esta ocasión no permite. Pero más allá de las diferencias de opinión que puedan existir, hay algo que me parece evidente y esencial: no podemos postergar la transformación de un sistema de enseñanza que ha quedado a todas luces atrasado y que no satisface ni a lo que la Nación requiere ni a lo que los alumnos aspiran.

Este es un deber que ni éste ni ninguno de los futuros gobiernos puede evadir, en particular cuando esta necesidad ha sido subrayada por uno de los foros cuya realización nos llena de orgullo: el Congreso Pedagógico Nacional.

En este marco se inscribe la acción llevada a cabo para afirmar el desarrollo tecnológico.

Es el uso del conocimiento organizado en forma disciplinada y obtenido a través de la investigación y el desarrollo, el que al ser aplicado al mundo real y a sus necesidades, produce tecnología. Esta se difunde y arraiga en el medio local e invade otras áreas con su poder multiplicador, dando lugar a nuevas tecnologías. Este carácter inherente de la tecnología, de no consumirse, sino enriquecerse con su uso, actúa generalmente en los medios donde se genera el conocimiento mismo. Y es uno

de los factores que ha dado lugar al vertiginoso avance industrial de las últimas décadas.

Nosotros queremos tener autonomía política y económica y por ello tenemos la urgente necesidad de revalorizar, en la democracia, nuestros recursos postergados, anulados o enajenados. Es necesario minimizar las fuerzas inerciales residuales que siguen socavando nuestras capacidades y, por ende, frenando nuestro desarrollo. Hace falta una firme estrategia destinada a reconstruir la capacidad de generación de riqueza de nuestro sistema productivo y a mejorar la prestación de los servicios y la calidad de vida de nuestra sociedad.

La modernización es un imperativo de nuestro futuro. Pero esta modernización del aparato productivo del campo y del Estado, no significa solamente la mejora de los equipos y procesos utilizados, sino que implica un profundo cambio en el pensamiento y actitud de nuestra sociedad que valore al conocimiento científico-tecnológico como variable dinámica fundamental del proceso de crecimiento económico.

La "revolución tecnológica" por un lado ha aumentado la brecha entre los países industrializados y los nuestros, pero por otro lado presenta una situación histórica inédita de rápido cambio tecnológico, que posibilita que algunos países en desarrollo, salten etapas en su evolución tecnológica mediante un uso racional y adecuado de las tecnologías de punta.

Surge la urgencia de que nuestras sociedades sean parte de este proceso evolutivo mundial. Es imperativo entender que solamente sociedades avanzadas y con autonomía tecnológica y económica serán los mercados de productos y tecnologías del próximo siglo.

En nuestro país se han dado algunos incentivos y medidas de promoción y se están proponiendo otros, tendientes a favorecer y estimular la innovación tecnológica y el aumento de la

eficiencia, productividad y competitividad empresarial, tanto en el mercado nacional como en el internacional.

Pero para lograr estos objetivos es fundamental que la conducción empresarial tienda a aumentar la capacidad innovativa creando en el seno de las industrias grupos de investigación y desarrollo, capaces de adaptar tecnologías, modificarlas a los requerimientos locales y crear tecnologías acordes a nuestra realidad para satisfacer las necesidades de nuestro pueblo y obtener la aceptación de nuestros productos en los mercados internacionales. Así, el Gobierno Nacional se sentirá apoyado en el desarrollo de sus planes de modernización. Muchas de nuestras empresas, particularmente aquellas vinculadas al exterior, saben de las ventajas que generan estos grupos, pues se benefician con esas actividades.

Esta decisión no sólo resultaría en rédito para las empresas, sino que también permitiría continuar el desarrollo de los recursos humanos que tanto nos cuesta formar, además de crear fuentes de trabajo que además, al evitar la emigración de nuestros investigadores y tecnólogos, pueden inclusive posibilitar el retorno de algunos emigrados.

Será solamente a través del uso inteligente del conocimiento que la Argentina crecerá y logrará ofrecer su contribución para que nuestras futuras generaciones tengan el mundo armónico de paz, libertad y trabajo, y el bienestar y la felicidad que todos anhelamos.

A estos fines dedicará su acción el INTECH que propiciará la elaboración de tecnologías propias, emanadas de la utilización de conocimientos básicos para la solución de problemas específicos.

Las investigaciones estarán orientadas fundamentalmente hacia el sector agropecuario y la explotación ictícola. Ha de constituirse en un centro de excelencia y en polo de desarrollo

científico-tecnológico, mediante la incorporación de grupos de investigación sólidos y pujantes.

Participará en la formación de científicos y tecnólogos nacionales y latinoamericanos, con orientación aplicada y de transferencia, constituyéndose en un centro clave para la rotación de investigadores y para la organización de cursos intensivos y simposios con la participación de especialistas invitados.

Contará con dos áreas principales de investigación y desarrollo: Biotecnología Vegetal y Animal y Ecología de la Región. El área de Biotecnología comprenderá cuatro especialidades básicas: Biología y Genética Molecular, Bioquímica, Microbiología, Fermentaciones e Inmunología.

El área de Ecología Regional comprenderá las especialidades de Comunidades Terrestres (depresión del Salado) y Comunidades Acuáticas (sistema de lagunas).

Una sección de Agricultura, relacionada con las áreas mencionadas, completa la estructura académica prevista para el INTECH.

Constituirá además el núcleo de un Parque Industrial Biotecnológico en terrenos vecinos. Para ello se crearán condiciones que faciliten la radicación de otros laboratorios y empresas vinculadas a las actividades del Instituto.

La interacción INTECH/Parque Biotecnológico representará, en el país, un modelo novedoso para el desarrollo de tecnología de punta.

Deseo expresar algunos agradecimientos que quiero resaltar en esta oportunidad. En primer lugar, al presidente del Consejo Científico del Instituto Tecnológico de Chascomús, el doctor César Milstein, que nos honra y cuyo premio Nobel nos ha llenado a todos los argentinos de un extraordinario orgullo; al doctor Aldo Ferrer, que es de por sí una garantía de que esto va a funcionar muy bien, por su pasión argentina, por su vocación

de constructor, por su empuje permanente y por el entusiasmo que ha dedicado a toda actividad que ha encarado, y le agradecemos realmente mucho que a sus ocupaciones tan importantes sume ésta, que estoy seguro va a permitirle disfrutar de lo que va a significar la concepción de este instituto de investigación.

Quiero agradecer desde luego, al Ministro de Educación, su voluntad y dedicación; a don Ignacio Pérez Salgado, a su predecesor, el doctor Guierez y a las Naciones Unidas, por todo lo que ha significado el aporte que ha realizado la Organización para la concreción de este instituto; a don Manuel Sadosky, este hombre dichoso porque se pasa la vida aprendiendo y enseñando, este hombre maduro que nos da ejemplo de juventud cada vez que conversamos con él.

Y quiero mencionar muy particularmente, además del agradecimiento a todos los profesores que han viajado desde distintas partes del mundo y a los demás miembros de la Fundación, a quien yo creo que ha sido un poco el motor de todo esto en el período de iniciación, la doctora Rebeca Cherep de Guber.

Debo confesarles que en un principio esto estaba pensado de otra manera, y de paso recuerdo que tenemos que agradecerle también a la Armada Argentina que facilitó la transferencia de este campo de casi mil hectáreas. Habíamos supuesto que podía ser muy interesante destinar este campo y estos edificios a la Facultad de Veterinaria de la Universidad Nacional de La Plata. Con el rectorado de la misma habíamos llegado a coincidir, teníamos hechos los proyectos de los edificios, la maqueta con lo que iban a ser las viviendas para los estudiantes, pues este iba a ser un "campus", quizás sin precedentes en la Argentina. Teníamos las listas para un equipamiento moderno que ya habíamos comenzado a reclamar de los países amigos, particularmente en mi viaje al Japón. Pero he aquí que comen-

zaron a existir problemas. Hubo proyectos que se presentaron en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires en contra de la iniciativa y entonces yo no quise seguir adelante sin que se sometiera el proyecto a votación de dos claustros universitarios, el de profesores y el de alumnos. La idea fue aplastantemente derrotada, se prefirió seguir operando con perros y gatos en el centro de la ciudad de La Plata.

Pero no hay mal que por bien no venga, porque de todos modos, tuvimos la voluntad, con Manuel Sadosky, y este empeño de la doctora Guber que nos ha permitido hoy tener casi al alcance de la mano este centro de excelencia, que será pionero en la Argentina y seguramente en América Latina.

Quiero también agradecer al señor Intendente Municipal de Chascomús, a los señores concejales del Municipio, que han puesto en la realización de este edificio todo su empeño, y al pueblo de Chascomús. Creo que esto es lo mejor que les puedo dejar en mi presidencia, van a ver ustedes cuántas cosas importantes van a salir de aquí y de qué manera el nombre de Chascomús va a ser conocido en todo el mundo, además de por su pejerrey, por el Instituto de Biotecnología.

Se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos del Ministerio de
Educación y Justicia, Directorio 1781, Buenos
Aires, República Argentina.